

poco de rato los hizo aportar á mal de su grado una pieza, quedando en poder de Talanque y de Maneli los dos capitanes con que lidiaban; y como de noche fué, así como la muchedumbre de los turcos, cuando habían la mejoría, cargaban de golpe, así de golpe se retraían sin ningun concierto, cuando los suyos, que en la delantera andaban, eran apretados; que los unos á los otros se desbarataban. Cuando Frandalo vido á Esplandian todo cubierto de sangre, muy triste fué dello, y díjole: «Señor, ¿cómo estáis? que vos veo muy desmejado, y tengo recelo que estáis en peligro, segun esa sangre de que cubierto vos veo.—Amigo mio, dijo Esplandian, tanta es la saña que me enseñorea, que no siento otro mal sino no poder destruir toda esta mala gente.—Harto habeis hecho, dijo él; que su rey queda en el castillo, y todo este camino es cubierto de los muertos, y yo vos ruego que con esto seais esta vez contento; y recojámonos, que tiempo es; que en el castillo hemos oído grandes voces, diciendo que nos combaten la flota.» Esplandian, como quiera que otra cosa desease, quiso hacer lo que le rogaba, y comenzaron á retraer, llevando presos los dos capitanes. Los turcos, que muy espantados estaban, sabiendo los mas dellos la prision de su rey, no curaron de los seguir, antes se llamaban unos á otros para se tornar al real; finalmente, todos tuvieron por bien que la batalla cesase. Pues recogidos los cristianos al castillo y los turcos al real, no quedando ninguno dellos dentro en la montaña ni tampoco en la mina de las dos puertas, quedó el campo sembrado de muchos muertos, casi todos de los turcos, porque los de Frandalo, como siempre andaban en guerra, eran muy bien armados y sabían hacer daño en los enemigos y guardar sus vidas.

## CAPITULO LVIII.

De cómo los turcos quemaron á Frandalo su gran flota, y del enojo que Esplandian dello recibió.

Pues siendo Esplandian y sus amigos con toda la otra gente en el alcázar, vieron cómo la flota de Frandalo ardía en vivas llamas. Que parece ser que como los turcos de las naves del rey Armato estuviesen apercebidos para combatir y poner fuego á aquellas fustas, como les fué mandado, y oyeron el gran alarido del combate, sin mas tardar llegaron de rendon, pensando poder á ellas llegar, pero las grandes ondas del agua que de la fusta recudian, les puso para ello impedimento; y viendo ser imposible que su propósito hubiese algun efecto, comenzaron de tirar con los arcos y balistas en tanto número como la lluvia cuando mas espesa cae, y las flechas y saetas llevaban unas pellas pequeñas confeccionadas de fuego grecisco, atadas cabe los hierros; así que, aunque las naves eran recogidas debajo de las alas de la Serpiente, no se pudo excusar que el fuego en ellas no trabase; y como se fueron prendiendo, las llamas eran tan crecidas, que á los del castillo les convino cerrar las ventanas, con recelo que el poder del fuego por allí no entrase; así que, toda la flota de Frandalo fué quemada. Pero dígoos que en la gran fusta ninguna cosa en ella pudo el fuego trabar, ni en ella mas daño que de ante pareció. Mucho pesó á Es-

plandian y á aquellos caballeros en haber así perdido sus naves, mas como ya estuviesen con pensamiento que en las afrentas semejantes no se podía ganar honra ni hacer daño á sus enemigos sin que dellos lo recibiesen, consoláronse tomando por remedio el gran daño que en ellos hicieron, y el tener él su gran reposo.

## CAPITULO LIX.

Cómo pasada aquella noche, curadas las heridas, los caballeros se fueron á comer, llevando consigo al Rey, y del acatamiento que Frandalo le hizo, dándole á conocer á Esplandian, y las grandes hazañas que hecho había.

Despues desto, estos famosos caballeros, poniendo sus velas y guardas, desarmáronse, y el maestro Elisabat les curó de las heridas, y plugo á la merced de Dios que en ninguno halló peligro, ni que por ellas dejasen de se levantar; que, como quiera que golpes recibieron muchos, la flaqueza de las armas de los turcos, y la gran fortaleza de las suyas defendieron que á las carnes mucho daño no hiciesen; y si algun peligro hubo, fué en la otra gente, que no estaban como ellos armados; pues acostados en sus lechos, poniendo recaudo en el rey preso y en los dos capitanes, durmieron aquello poco que les quedaba de aquella noche; y la mañana venida, despues que el Maestro los hubo curado, levantáronse todos para comer, que bien les era necesario. Mas Frandalo les rogó que antes viesen al Rey, que en la cámara estaba retraido, y consigo lo hiciesen comer, honrándole como convenia que á tan gran príncipe se hiciese. Todos lo tuvieron por bien, y juntos se fueron á la cámara donde estaba, y halláronle sentado ante una cama, cubierto con una aljuba de seda, que traía sobre sus armas; y como vió los caballeros, levantóse en pié. Frandalo, que lo conocia muy bien y había sido su vasallo, y en su servicio había hecho muchas cosas en armas en gran daño de los cristianos, fué á hincar las rodillas ante él y besóle la mano, diciendo: «Como quiera que yo esté ya en otra mas verdadera ley, y sirva á aquel Señor que tú, Rey, por enemigo tienes, considerando tu grandeza, así como fui tuyo, quiero te hacer este acatamiento, no con la obediencia que solia, mas con aquella cortesía que como caballero debo.» El Rey lo levantó por las manos y díjole: «Frandalo, por mas extraña cosa tengo en te ver á esta ley que dices vuelto, si de toda tu voluntad lo estás, segun la braveza de tu fuerte corazon, juntamente con aquella grande enemiga que siempre con los cristianos tuviste, que verme así preso como estoy; porque aquellos que las batallas y afrentas de las armas siguen, así grandes como menores, no pueden ser tan seguros que á la fortuna no sean sujetos, que la victoria dar y quitar puede, segun su querer; mas mudarse las personas de tu calidad de una ley á otra con tan ardiente afición, que basta en tan breve tiempo para arrancar la primera y quedar firme en la postrimera, esto no lo puedo creer, ni puede ser sin gran misterio de aquel Señor que has tomado, ó de los mis dioses, que habiendo de mí recibido algun enojo, de que airados los tengo, tuvieron por bien que por tí fuese muy duramente castigado. Mas como quiera que entre tí y mí tanta sea la diversidad, como dices, ruégote que, cum-

pliendo lo que debes, mires por mi servicio en lo que á tu consejo viniere.»

Frandalo, tomando por la mano á Esplandian, dijo: «Rey, no puedo yo hacer ni decir mas de lo que la voluntad deste caballero, mi señor, me otorgare, y si dejando la ley en que me viste, te he puesto en duda de no estar firme en la que agora tengo, la prision tuya te da el testimonio de la verdad.» Esplandian, que bien entendia aquel lenguaje, aunque no lo quisiese hablar, dijo: «Mi amigo Frandalo, el vuestro gran valor y lealtad merece que yo y todos estos caballeros hayamos por bueno aquello que á vos bueno pareciere.» El Rey, que los ojos tenia en él, pareciéndole muy mozo y mas hermoso hombre de cuantos jamás visto había, y no entendiendo su respuesta, preguntó á Frandalo qué le respondió y quién era aquel á quien tan sujeto se mostraba. Él se lo dijo todo, y mas que supiese por cierto; que aquel era el que en un día mató en batalla á los gigantes Matroco y Furion, y á su tio Arcalaus, y á Argante, su criado, y ganó el señorío de aquella montaña. Y que no solamente su alta bondad en aquello solo se había mostrado, mas que despues pasó por otras muchas mayores afrentas á su grande honra. El Rey fué muy espantado en lo oír y dijo: «Ahora te digo, Frandalo, que aunque el Dios de los cristianos otro milagro no hiciese sino este que dices, basta para creer que él es el mas poderoso de todos los dioses.» Frandalo le dijo: «Rey, vénte con estos caballeros que por tí vienen para te dar de comer, y ten mas confianza en su gran virtud que en el poder de aquellos idolos á quien sirves.—Hacerlo he, dijo el Rey, porque aquellos á quien la ventura es contraria, no solamente se han de dar ellos mayor fatiga que ella les da, mas con gran corazon resistir todas las adversidades que les pudieren venir, esperando siempre con firme propósito las vueltas de la movable fortuna, que muy presto los prosperados derriba y los derribados ensalza.» Y con gesto alegre, aunque el corazon sintiese la fatiga, se fué con ellos, y llegados donde las tablas, que puestas eran, le hicieron sentar en el mas honrado lugar dellas, y como á rey le mandaron servir, y á los dos capitanes tomaron los caballeros entre sí, haciéndoles mucha honra.

Todos estaban en aquel comer muy alegres, los unos por la buena ventura que habían habido, y los otros por no dar á entender que la mala tenian en mucho. Allí fueron servidos segun la oportunidad del tiempo daba á ello lugar. Y habiendo comido, llevaron á su cámara al Rey, en compañía de Gandalin y de Lasindo, á quien la guarda suya fué encomendada. Y los dos capitanes fueron dados á Libeo, que mirase por ellos. Norandel, por consejo de Esplandian, tomó consigo á Frandalo, y á Maneli, y á Talanque, y Ámbor, y en una sala muy hermosa se entraron á reposar. Esplandian en otra cámara con el rey de Dacia, que él amaba mucho, se retrujo, teniendo en su voluntad determinado de le descubrir las fatigas y mortales deseos que por su señora Leonorina le atormentaban, considerando que si la ventura lo guiasse, segun el deseo de su corazon, que su grande alegría en mucha cantidad seria aumentada, en que á aquel de quien como de su proprio corazon se fiaba, le alcanzase parte della. Y si la desventura en

el contrario lo volviese, que por gran consuelo ternia hallar persona á quien sus angustias y esquivos dolores pudiese mostrar y quejarse dellos, así para buscar el remedio, como para que, si no se hallase mas consolado, pudiese la muerte recibir.

## CAPITULO LX.

Cómo Carmela, doncella prudente, cuenta la grande y alegre embajada al buen caballero, de su enamorada, hallándose el rey de Dacia presente; y cómo tendida y muy reluciente vieron la seña del Emperador venir por la mar, mostrando favor, a punto guarnida, con sobra de gente.

La doncella Carmela, que, como ya se os contó, por no poner á Esplandian en sobrada alegría ó en demasiado esfuerzo, no quiso antes de aquel socorro decirle las bienaventuradas y alegres nuevas que le traía, porque dello no se podría seguir sino ser descubierto aquello que secreto era razon que tuviese, ó ser su persona con mayor osadía, que su grande esfuerzo bastaba, llegada á la muerte, estaba sin parecer ante su presencia en la nave del fuerte Frandalo. Como vido tiempo aparejado, despues que la gran fusta al castillo de la montaña llegada fué, cubriéndose de una capa de escarlata, que de la cámara de Frandalo le dieron, sabiendo de cómo Esplandian era ido fuera del castillo, cuando al real fué del rey turco, como ya oistes, se subió por las escalas de cuerda arriba al alcázar, donde metida en una cámara estuvo hasta que Esplandian fué vuelto de la pelea, y trajo al rey turco preso; y como supo que todos eran ya acogidos en sus aposentamientos, vestida de aquellas ricas ropas de las coronas, que la infanta Leonorina en Constantinopla le dió, se fué á la cámara donde Esplandian con el rey de Dacia reposaba, y en entrando por la puerta vido cómo ambos estaban en un lecho vestidos hablando. Mas cuando por Esplandian fué vista, saltando de la cama, en una voz alta dijo: «¡Santa María! mi doncella es esta ó yo estoy fuera de mi sentido.» La doncella llegó á él, y hincando los hinojos en tierra, le comenzó á besar las manos, que él no lo sentia, así fué turbado; ni la doncella pudo hablar, con la grande alteracion que en sí sintió, en tener delante si la cosa del mundo que mas amaba. Y así estuvieron por un gran rato. Mas Esplandian, ya mas acordado, levantóla y díjole: «¡Oh, mi doncella! ¿qué ventura en tiempo de tanto peligro os pudo ante mí traer?—Aquella buena ventura, dijo ella, que á los vuestros servientes nunca desampara; que siendo yo en grande afrenta de ser perdida mi honra, no sin gran peligro de ese rey que ahí está y del otro su compañero, fui de prision salida, y llevada á aquella parte donde vos, mi señor, me mandastes que fuese.—Pues mi buena amiga, dijo Esplandian, ¿qué recaudo me traeis de ese viaje? Decídmelo todo, y especialmente si aquella infanta, dando por quitó á mi padre con lo que de mi parte le dijistes, quedó satisfecha.—Señor, dijo la doncella, algunas cosas son que sin reguardo de ninguno se pueden decir, y otras que á vos solo convienen ser manifiestas.—Eso seria, dijo él, si aquí tercero hubiese; mas, como yo tengo por mi co-

razon propio á este rey, y se ha determinado en le dar parte entera de mi vida ó muerte, segun la fortuna lo guiare, delante dél me decid todo aquello que, si á mi no, á otro no debia ser dicho ni divulgado.» La doncella dijo así: «Mi señor, las cosas que públicamente pasaron, este rey, que así como yo las vió, muy mejor las podrá y sabrá contar; pero las que á él ócultas fueron, por mí serán recontadas, no con aquella aficion que pasaron, que seria imposible, mas por la órden que los mensajeros pueden alcanzar y saber para las decir. Y sabed, mi señor, que estando yo sola con aquella princesa mas hermosa, mas graciosa que nunca nació, le dije vuestra embajada en aquello que á vuestro padre toca; mas cuando el anillo por mí le fué dado, acordándoseme las amorosas y muy dulces palabras al tiempo que me lo diste, que por vos me fueron dichas, las mias fueron tales y con tanta fuerza y vigor, que aquel su corazon, que con tanta libertad hasta entonces habia poseído, con aquel verdadero y muy constante encendimiento que el mio atribulado, apasionado y sujeto queda, dando dello testimonio esta joya tanto preciada, que fué la primera que la muy hermosa y no menos loada Grimanesa, su bisabuela, al su amado amigo y marido Apolidon dió; la cual por ella os es enviada, diciendo que, no por su poco valor ni estima, mas por el nombre que á ella es muy agradable, por su amor la traigais, y queriéndole yo por ello besar las manos, hincados los binojos, dijo que queria hacer en mí lo que vos merecíades; y tomándome la cabeza entre sus tan hermosas manos, me besó en la cara, cayendo de sus ojos las lágrimas á hilo por sus hermosos carrillos.»

Entonces le puso en la mano el prendedero que la muy hermosa Leonorina le habia dado, y dijo: «Este fué con sus manos de encima de su cabeza quitado, y estos ricos paños de su mismo cuerpo, para los vestir en el mio.» Cuando Esplandian vido el rico prendedero, y los paños con la devisa de las coronas, que hasta entonces, mirando al rostro de la doncella, si su gesto estaba alegre ó triste, no los habia visto; y oidas aquellas palabras, fué en tan grande alteracion de alegría, que casi perdidos los sentidos, ahina cayera en tierra, sino porque el Rey, conociendo su desacuerdo, se abrazó con él, y así lo llevó hasta el lecho. La doncella Carmela, tomando el prendedero, que ante sí estaba, se fué á sentar delante dél, y allí estuvo una gran pieza sin mas hablar, hasta que Esplandian, con mas acuerdo, le rogó que todo lo que con aquella infanta pasó, por extenso le recontase otra vez; que muy poco de lo pasado habia entendido. La doncella lo tornó á decir, como lo habeis ya oido. Entonces Esplandian tendió los brazos y puso las manos encima de los hombros de Carmela, diciendo: «¡Oh mi doncella y verdadera amiga! ¿cuándo será aquel tiempo en que os pueda pagar esto que por mí habeis hecho? A Dios le plega, por su inmensa bondad, que así como yo lo tengo en mi corazon, así en efeto lo pueda cumplir.—Mi señor, dijo ella, aquella merced que de vos recibí, que es no ser contra mi voluntad de vuestra presencia partida, que al grande encendimiento de mi muy cuitado y afligido corazon tal descanso amoroso dió, aquella me da el galardón de todo lo que yo os puedo servir; que en comparacion

de la fatiga de lo primero, todo el trabajo que en lo alto pusiere, como por sueño contar se debe. Así que, mi señor, aquel tiempo que por venir vos esperais, aquel todo ya satisfecho tengo yo por pasado. Mas si vuestra boca llegádes aquí donde vuestra señora la puso, á la deuda suya y á mi deseo satisfaceréis.»

Esplandian, tomándola con sus mismas manos por los carrillos, juntó la boca en aquella parte que la doncella le señaló, y allí la tuvo un gran rato; de manera que él, con la dulzura de la sabrosa memoria de su señora Leonorina, y la doncella, con el gran placer que su apasionado corazon sentia, tuvieran ambos por bien de no ser apartados de aquel auto en que estaban, hasta que la muerte les sobreviniera. Mas Gandalin, que en la cámara entró, dió causa que el Rey los apartase; el cual les dijo: «Señores, muy gran flota por la mar parece que por la misma via que nosotros trajimos viene.» Oido por ellos esto que Gandalin decia, salieron luego á la ventana de sobre la mar, donde hallaron á Norandel y á Frandalo y á los otros caballeros que mirando estaban, vieron muchos navios que hácia aquella montaña señalaban su via, y entre ellos la gran seña del emperador de Constantinopla, de que no poco placer hubieron, considerando venir en su favor y socorro. Mas no tardó mucho que todos llegaron donde la nave de la Gran Serpiente estaba, con muy gran ruido de voces y trompas; pero antes que llegasen fué por los del castillo visto cómo la flota del rey Armato, que en el puerto que ya oistes era, esperando lo que les fuese mandado por los capitanes que estaban en el real, á la mas priesa que pudieron navegaron, desamparando aquel lugar donde estaban, huyendo á la parte donde era su tierra, conociendo ser aquella que allí venia la seña del emperador de Constantinopla. Y asimismo lo hicieron todas las gentes del real á muy gran priesa, temiendo ser todos ellos perdidos ó muertos; tras los cuales Esplandian y sus compañeros quisieran salir en el alcance, sino porque se lo vedó el maestro Elisabat, temiendo el peligro que de las heridas que en sus cuerpos tenian les podia venir.

## CAPITULO LXI.

Del gozoso recibimiento que Esplandian y Frandalo hicieron á Gastiles, sobrino del Emperador, que por su mandado con la gran flota en socorro de la montaña venia.

Pues llegada ya allí está gran flota del Emperador, como la historia os cuenta, los de las naves dieron muy grandes voces á los del alcázar, diciéndoles cómo venia Gastiles en socorro de aquella montaña; que lo hicieron saber á Esplandian, si allí estaba. Cuando esto fué oido por los caballeros, rogaron al maestro Elisabat que, pues á ellos su mala dispuscion les excusaba, que se bajase á la calzada de piedra, y recibiendo á Gastiles y á todos aquellos que con él venian, los subiese allí arriba donde ellos estaban. El maestro Elisabat lo hizo así luego que, entrando por la cueva, se descendió por la escalera que á la calzada salia, y púsose allí, y luego fué conocido por Gastiles. Y mandó llegar su nave tanto, que pudo della salir donde el Maestro estaba; y sabiendo del Maestro la dispuscion de los caballeros, y lo que le rogaban, sin mas tardar se fué con él hasta

entrar en el castillo, donde en la primera sala, que al corral salia, halló á Esplandian y á aquellos caballeros, que lo atendian. Mas cuando él vido á Esplandian tan crecido y tan hermoso, fuéle á abrazar con mucho amor, diciendo: «Muchas gracias doy á Dios porque me dejó ver un hombre tan señalado en el mundo.» Esplandian se le humilló con mucha cortesía. Entonces llegaron todos á lo abrazar y á le hacer mucho acatamiento.

Cuando Gastiles se vido así entre aquellos caballeros mancebos donceles, que él en la ínsula Firme habia dejado, sabiendo cuyos hijos eran, y las grandes cosas que en tan breve tiempo, despues que caballeros fueron, habian hecho, no os podria ninguno decir ni contar su gran placer. Pues no menos habian ellos con él, especialmente Esplandian, que sabia ser este caballero muy junto á aquella muy alta y generosa sangre de su señora Leonorina. Pues estando así juntos, Gastiles les dijo: «Buenos señores y caballeros, el Emperador, mi tío y mi señor, sabiendo por un mensajero de Frandalo la muchedumbre de la gente que el rey Armato sobre esta montaña tenia, así por la tierra como por la mar, y la poca que de vuestra parte habia para resistir en las naves que contra ellos veniades, considerando, si esta fuerza se perdiese, se perdia el servicio á nuestro Señor Dios y suyo, y vuestras personas serian en muy gran peligro, mandóme venir con este aparejo que veis, no solamente porque la parte de la mar desembargada vos quedase para que sin embargo lo pudiédes hacer saber las cosas necesarias al remedio desto, lo cual él mandaria luego poner en obra. Y paréceme que, por la bondad de Dios, en mucho menos afrenta y necesidad os hallo de lo que allá nos dijeron. No sé cuál haya sido la causa dello; por eso ved, señores, lo que quereis que yo haga; que así por cumplir el mandamiento de mi señor tío, como por ser muy aficionado á vuestros padres, y no menos á vosotros, se cumplirá todo con aquella aficion que si el caso mio proprio fuese.» Esplandian y los otros caballeros rogaron á Norandel que le diese las gracias que á tal embajada se convenia dar; el cual así dijo: «Señor Gastiles, ya fué tiempo que por el gran daño que al rey Lisuarte, mi señor, el Emperador vuestro tío hizo, no tomara yo en mí de os dar esta respuesta, porque no lo pudiera acabar conmigo que en ella se os rindiera las muy grandes gracias que ella merece. Mas, pues que á Dios nuestro Señor le plugo que aquellas dos tan grandes y tan graves discordias en una conformidad y concordia quedaron, con mucha causa mi propósito mudar se debe, en que yo así como Esplandian y estos caballeros seamos en servicio de vuestro tío el Emperador, y á su grandeza besamos las manos por esta tan alta merced que nos hace y por la que nos ofrece, confiando en su gran virtud. Que considerando ser nuestro deseo de servir al muy alto Señor y muy poderoso Dios y á su santa ley, y despues á él, como vos lo hariades, que así nos mandará dar el favor y ayuda que en nuestros trabajos y adversidades menester nos fuere.»

Esto así hecho, contáronle á Gastiles todo lo que con los turcos habian pasado, y cómo á su gran rey tenian preso, de que no menos alegría que maravilla sintió, y dijo que lo queria ver, que algunas veces le habia ha-

LC.

blado en los tiempos que entre él y el Emperador fué necesario de asentar treguas. Luego se fueron todos á la cámara donde el gran rey turco estaba, y como Gastiles le vido, llegó por le besar las manos, conociendo ser aquel un muy grande y muy poderoso príncipe, el mayor que al tiempo entre los turcos se sabia, señor de muchos y muy grandes reinos y de infinitas gentes, que vasallos y sujetos le eran; mas el Rey que lo conoció bien no se las quiso dar, y alzándole arriba, le dijo: «Gastiles, mucho soy maravillado de vuestro tío, quebrantarme las treguas que vos conmigo de su parte asentastes; esto no convenia á tan alto hombre como él es.—Rey, dijo Gastiles, esa queja con mas razon se os debe de tener, que sabiendo estar esta montaña á su servicio, en poder de caballeros suyos, la cercastes con muchas gentes; de manera que todas las firmezas asentadas y juradas las habeis pasado.—No lo tengo yo así, dijo el Rey; que ni la montaña estaba por él, ni los caballeros que decís eran suyos, antes como extranjeros la ganaron durante el tiempo de las treguas, y no teniendo remedio para la defender, se metieron por las puertas de vuestro tío; y si en él hubiera la verdad á que era obligado, sabiendo que esta fuerza estaba en mi señorío, no los debiera amparar ni ayudar; que los gigantes cuya fué, aunque algunos deservicios me hicieron, muchas veces me sirvieron como vasallos; lo que con vuestro tío no acaesció, que siempre le fueron enemigos mortales; así que, él ha hecho lo que fué su voluntad, mas no lo que debia para su honra y estima; y esto no pasará así, que si yo no pudiera alcanzar libertad de demandárselo, no ternia á mi hijo por quien es, si muy crudamente no se lo demandase.»

Esplandian, que todas estas razones entendia, estaba ya con enojo, y ante que Gastiles le respondiese le dijo: «Rey, en todo tiempo y lugar que los caballeros destempladamente hablan les es tenido á gran mal, y mucho mas estando en parte donde sus manos ni corazon pueden sostener su soberbia; que así aquellos que con mucha discrecion honestamente saben sufrir las adversidades, toniéndolas y soportándolas, satisfaciendo al esfuerzo de su corazon, son por virtuosos y cuerdos los tales tenidos, así aquellos que en poder y subjecion de sus enemigos se hallan, queriendo mostrar mucho mas esfuerzo y mas soberbia de lo que tener debian, antes por auto mujeril que de caballero lo juzgarán todos los que lo vieren; pues que solamente la piedad y la misericordia del enemigo tienen por remedio; y queriendo con soberbia usar de aquello que estando en su libertad hacer solia, mas á la locura y poco saber será reputado que á grande esfuerzo.» Y volviéndose contra Gastiles, le dijo: «Mi señor, ruégoos muy mucho que, dejando ya esta habla por cosa vana y mas rigurosa que provechosa, no repliqueis mas en esta materia.»

El Rey, que los ojos en Esplandian siempre tenia, y vido cómo su habla á él enderezaba por la diversidad del lenguaje, rogó á Frandalo que se la declarase, el cual le dijo todo; y como lo oyó, bajó la cabeza, y asosegándose mas que ante, dijo: «Dígot de muy cierto, Frandalo, que este cristiano merece ser señor de gran tierra; porque en parte en mucho mas tengo su

gran discrecion que su muy fuerte valentía; si él haciéndome libre, quisiese quedar conmigo en cualquier ley que le agradase mas, yo le haria segundo rey en toda mi tierra.—No pienses, Rey, dijo Frandalo, que eso que dices es mucho; que si supieses bien quién es, aunque todo tu gran señorío le diceses, se te haria poco para él; y quiérotelo decir: tú bien sabes, segun muchas veces oiste, quién es el rey Lisuarte de la Gran Bretaña, y asimesmo el rey Perion de Gaula.—Por cierto sí sé, dijo el rey turco, que son dos príncipes que, aunque todo el restante de la cristiandad fuese perdido, ellos ambos bastaban para lo cobrar todo.—Pues dígame, dijo Frandalo, que este caballero es su nieto de ambos reyes y heredero en todos sus señoríos; y mas te digo, que es hijo de aquel noble y esforzado caballero Amadís de Gaula, aquel que, no solamente ha puesto espanto con sus grandes cosas en los cristianos, mas en todo el paganismo, temiendo ser con sus grandes fuerzas sojuzgados, como algunas veces conmigo lo hablaste, habiendo del temor.» El Rey fué espantado de lo oír, y dijo: «Oh dioses! ahora os digo que ni vuestro poder, ni la fuerza de mis grandes y muchas gentes, ni la pujanza de mis señoríos no serán poderosos de me defender de tan fuerte adversario como mi contraria fortuna tan cerca me ha puesto.»

En estas cosas que habeis oído, estuvieron allí por una pieza, y dejando al Rey, se salieron ellos á sus aposentamientos, haciendo tanta honra á Gástiles como á la propia persona del Emperador hicieran; y allí holgó dos dias mucho á su voluntad, y queriéndose tornar á Constantinopla, viendo ser su ayuda excusada, Frandalo rogó mucho á Esplandian que lo detuviese, porque antes que aquella gente fuese derramada, entendia de los poner en tal parte donde, ganando mucha honra, cobrasen una cosa muy señalada en aquella tierra de la Turquía, que seria ocasion de con ella sojuzgar muy gran parte de aquellas comarcas; lo que con muy poca premia con Gástiles se acabó; que, como ya viesse revuelta la guerra, deseaba mucho hacer antes de su tornada algun servicio al Emperador su tío, y placer á todos aquellos caballeros; mas la historia no os dirá desto por ahora, mas contaros ha lo que el rey Lisuarte y la reina Briseña, su mujer, hicieron, siendo ya mas en edad de salvar sus ánimas que de sostener las pompas y vanaglorias que hasta allí siguieron.

## CAPITULO LXII.

Cómo, olvidando las pompas del suelo,  
El rey Lisuarte, cargando en edad,  
Acuerda que siga la su voluntad  
Los triunfos y galas del reino del cielo;  
Y cómo se parten, movidos con celo,  
Los sus caballeros, de ver á sus tierras,  
Después de vencidas tantas de guerras,  
Del despedidos con mucho consuelo.

El rey Lisuarte estaba en el castillo de Miraflores, como habeis oído, haciendo compañía á Amadís, que herido era de la batalla que con su hijo Esplandian hubo; asimesmo eran allí con él don Galaor, rey de Sobradisa, y Agrájes, y Grasandor, y el gigante Balan, y don Galvanes, y Angriote de Estravaus, y otros algunos caballeros de los suyos; y como quiera que todos ellos lo

hiciesen mucho placer y servicio, buscándole juegos y cazas, ni por eso dejaba de sentir su corazón muy quebrantado, acordándose de la alteza muy grande en que se viera en el acto de la caballería; y como ya aquella compañía y multitud de tan hermosos caballeros, que en el mundo en su tiempo crió y fueron en su servicio, eran los unos casados, queriendo reposo, y los otros cansados de seguir las armas y enojados de buscar las aventuras; y los mancebos que á la sazón comenzaban á las querer desear, oyendo las extrañas cosas que Esplandian hacia, y cómo sus fuerzas eran empleadas contra los enemigos infieles, buscaban navíos y aparejos para se ir á la montaña Defendida á servir á Dios, y ayudar á aquel caballero; así que, no podia el rey Lisuarte tanto resistir, que esto mucha congoja no le causase; mas ya la conciencia y su gran discrecion, con la edad crecida, y sobre todo la gracia del Señor muy alto, que en su corazón estaba imprimida, queriéndole dar el galardón de la vida virtuosa que reinado había pasado, teniendo muy firme la santa fe católica, manteniendo justicia y verdad á sus vasallos, y siguiendo las otras buenas maneras que cualquier buen rey seguir debria, aunque en algo errado hubiese, cargaron de tal guisa con tanta fuerza, así como si alguno, metiéndole las manos por los costados con muy gran cruera, todas aquellas dulces vanaglorias perezosas de sus entrañas sacara, poniéndole tan gran dolor y angustia como casi el mismo trago de la muerte.

Así estas cosas ya dichas volvieron con aquella graveza su voluntad, su deseo, en aquello que algunas y muchas veces habia pensado de hacer cuando en la oscura y no menos triste prision de la dueña Arcabona fué metido, que es, desamparando lo flaco; cobrar lo fuerte y lo firme; y como así se viese con tanta libertad quitada aquella nublada nube que á muchos embargo de ser por ellos vista la verdadera claridad, determinó, sin mas dar lugar al albedrío en pensamientos, de hablar con su muy amada reina, y así lo hizo; que una noche estando acostado, reposando en su lecho con ella, le descubrió todo su pensamiento, cómo queria dejar sus reinos y señoríos á Oriana, su hija, y á Amadís, su marido, si ella por bien lo tuviese, y tomar descanso en este mundo, procurando de lo ganar para el otro. La Reina, cuando esto le oyó, fué muy alegre, representándosele en la memoria las angustias y grandes congojas que en sus afrentas dél, con muy grandes peligros de su vida, en las batallas y cosas que habia pasado por su causa á ella le habian venido. Así que, loando y confirmando su bueno y santo deseo, quedaron entrambos conformes en una voluntad, de que el Rey mucho placer sintió, creyendo que de Dios, mas por su piedad que por sus merecimientos, le venia tan grande buena ventura, y dijo: «Dueña, pues que así os parece, yo lo haré de manera que con mas honra, segun nuestra edad, y mas descanso de nuestra vida y de la otra se ponga esta en efecto.»

Pues ya determinado este rey, cómo habeis oído, luego en este punto el estilo de su vida fué vuelto al revés de lo que solia, que hasta allí, desde las grandes cosas que con Amadís pasó, donde su honra fué menoscabada, siempre teniendo el corazón afligido y triste,

el rostro con muy gran premia alegre le mostraba. Ahora el alegría de su corazón era en tanto grado, que por mucho que della al semblante muy gran parte le cabia, no era poderoso de la mitad mostrar; tanto, que aquellos señores y caballeros que allí estaban miraron todos en ello, y no sabiendo la causa, se hacian muy mucho maravillados de ver aquella tan gran novedad; y desde que vieron con tan grandísima mudanza al Rey, y á Amadís levantado del lecho y sano de las llagas que Esplandian le habia hecho, tomando con él consejo y acuerdo, demandaron licencia al Rey para se ir á sus tierras, don Galaor, rey de Sobradisa, á la su muy hermosa reina, y don Galvanes á su amada Madasima, y Agrájes con la hermosa Olinda, su mujer, á tomar el reino de Nuruega, del cual era llamado por fallecimiento del rey Galain (1), su suegro; y el gigante Balan para se tornar á la isla de la Torre Bermeja. Este jayan con mucho amor y amorosos abrazos fué de Amadís despedido, rogándole que por la ínsula Firme se fuese, y le enviase á Bravor, su hijo, para le armar caballero, que ya era tiempo y sazón. Solamente quedó allí con Amadís Grasandor, que aunque quisiera con la noble y mesurada Mabilia, su mujer, ir al reino de Bohemia, donde su padre estaba, que muchas veces le habia escripto que á verle fuese, los ruegos y lágrimas de Oriana tuvieron tanta fuerza porque á Mabilia no llevase, que le convino mudar su propósito; y estas mismas lágrimas causaron que Amadís en compañía de aquellos caballeros no partiese por entonces; así porque ella era muy aficionada á aquel tan hermoso castillo de Miraflores, en que tantos vicios y tantos placeres hubiera con su amigo, donde de la cruel muerte que esperaba á la alegre y dulce vida fué restituida, como esta historia en la segunda parte cuenta, como porque el Rey su padre, sin le manifestar la causa dello, le mandó que por entonces no consintiese que Amadís fuese de allí por ninguna manera partido.

## CAPITULO LXIII.

Cómo el rey Lisuarte, partido para Londres, llamados todos los grandes de su reino, ordenó su testamento, dejando á Amadís y á Oriana, su hija, por herederos de su reino.

Despedidos estos caballeros en la manera que habeis oído, el Rey habló con Amadís, diciendo que seria bien que fuese á Londres, porque en tanto que él ponía remedio en algunas cosas del reino, él y Oriana, su mujer, tuviesen mas aparejo de sus cosas en que holgasen. Amadís le dijo: «Señor, nosotros no ternemos descanso ni holganza sino allí donde vos la tuviéredes. Y pues que esto parece que mas os agrada, así es razón que lo cumplamos.» Entonces cabalgaron en sus palafrenes con toda la compañía que allí era; y entrando en el camino, después de haber oído misa, llegaron á Londres á comer, donde muy bien guisado lo tenían. Pues siendo como dicho es, hizo luego el Rey entregar á su confesor todos los tesoros, que eran muy grandes, para que dellos satisficiese los cargos y deudas que el Rey y la Reina pareciesen tener. Y mandó llamar por sus cartas todos los altos hombres de sus reinos, y de las ciudades

(1) En el capítulo VIII, pág. 20 del *Amadís*, este Galain es llamado duque de Normandía.

y villas, á aquellas personas que para venir á las cortes eran diputadas, teniendo poderes bastantes para otorgar lo que en ellas se concertaba. Este mandamiento suyo fué con mucha voluntad obedecido, viniendo todos al dia señalado. Lo cual visto por el Rey, mandó luego hacer un estrado fuera del su gran palacio, debajo de las ventanas, que á una gran plaza salian, cubierto todo de paños de oro y de seda, y hizo poner encima dél la silla real, y la de la Reina asimesmo, cubiertas de muy ricos paños, y mandó que pregonasen que todos los señores y las otras personas que allí por su mandato eran venidos, y todo el pueblo de la ciudad, fuesen juntos en aquel lugar, porque queria hablarles algunas cosas que les cumplieran mucho. Los cuales, así por saber qué seria esto, como por una cosa tan nueva de lo que en las otras cortes pasadas se solia hacer, venian con aquella gana que en las semejantes cosas los pueblos y gentes suelen venir. Y tantos acudieron, que siendo toda la plaza dellos ocupada, muchos quedaban fuera della por las bocas y entradas á las calles.

Pues estando así todos juntos, salieron el Rey y la Reina con sus vestiduras reales, llenas de piedras de gran valor, y en sus cabezas sendas coronas de tanta riqueza, que apenas les seria hallado precio; y tomando el Rey á Amadís á la diestra mano, y la Reina á Oriana á su siniestra mano, siendo ellos asentados, y aquellos sus hijos en pié, teniendo el Rey en su mano el ceptro real, y estando todos sosegados en un callado silencio, el Rey les habló en esta manera: «Excusado será, mis amigos y leales vasallos, las cosas que por mí y vosotros pasaron hasta ahora, desde que yo, por fallecimiento del rey Falangris, mi hermano, vine á ser vuestro rey; traerlas á vuestras memorias, pues que los unos con las personas, poniéndolas á grandes peligros y trabajos, y los otros con las haciendas, dándolas y ofreciéndolas con mucha liberalidad, así como ya las habeis tratado y pasado, y por esto, como notorio á todos, lo dejaré. Solamente quiero que sepais que con aquellas buenas venturas, muchas que en aquellos tiempos nos ocurrieron, de que grandes deleites y placeres sentimos, con las adversas, que mucho enojo y fatiga pasamos; esta mi cara, que en juventud con frescura conocistes, ahora arrugada y envejecida la veis, acompañándola los blancos cabellos, la menoscabada vista de los ojos, la flaqueza de los dientes, con otras pasiones á ellas conformes, que á vosotros no es manifesto. Pues, mis buenos amigos, esto tal ¿de dónde viene, ó quién es la causa de lo acarrear? Por cierto no otra, sino que la tierra demanda ya este mi cuerpo, como premio ó deuda á ella debido, y el muy alto Señor el ánima, que le vaya á dar cuenta de aquel gran mando y señorío en que la puso; y yo no pudiendo rehusar este camino, antes de mi partida tengo acordado que, dejando estos reinos de tierra y de lodo, haga en mí tal penitencia, con que pueda aquellos de gloria y de placer sin fin alcanzar, considerando ser tan imposible tornar á la juventud y fuerza pasada, como ser tornados los ríos allí donde nacieron. Y para el reparo vuestro dejo á mi hija Oriana con este caballero, su marido; que si en mí alguna fortaleza sentistes, muy mucho mayor él la tiene, y si gran linaje es el mío, tan alto es el suyo, que ninguno otro

le puede sobrepajar. Pues su condicion y buenas maneras, que cualquier buen rey así debe haber, así como yo vosotros las sabeis, porque lo mejor de su tiempo en mi servicio y compañía vuestra lo ha pasado. Pues de Oriana, mi hija, demás de ser ella la derecha heredera destes reinos, su condicion y virtud es tal, que de otro cualquiera cabo que ella fuese, siendo conocida, no teniendo derecho alguno, con mucha causa para reinar debria ser llamada.»

## CAPITULO LXIV.

Cómo, dejada la pompa mundana,  
Lisuarte y Brisena, devotas personas,  
Quitando de sí las reales coronas,  
Las dan á Amadís y á la infanta Oriana;  
Y cómo, escogiendo la vida mas sana,  
A Miraflores se van á retraer  
Do la vida monástica quieren hacer,  
Dejando la otra del mundo, profana.

Cuando aquellos altos hombres y gente del pueblo oyeron aquello que el Rey les dijo, el murmurar entre todos fué muy grande, y muy mayor los lloros, dando voces, hincadas las rodillas en tierra, levantadas las manos contra el Rey, diciendo: «¡Oh rey de la Gran Bretaña, oh señor nuestro y rey natural! ¿por qué así te place desampararnos? Por qué te quieres hacer extraño? ¿Cuál será la causa de tal movimiento? Si es por ventura, alguna que para satisfacción de tu voluntad haber no puedas, nuestras haciendas, nuestros hijos y mujeres, tómalos todo; haz dello, no como de vasallos, mas como de siervos captivos harías; y no nos dejes, Señor, en tan gran tribulacion como sin tí nos hallaríamos; que en esto que de Amadís dices, así por nosotros como por tí es conocido, mas ¿quién duda que, viéndose rey en alteza tan crecida, que su gran fortaleza en gran cruera no sea tornada, y su humilde voluntad en mucha soberbia, y aun en demasiada codicia su liberalidad y franqueza? Así como á otros príncipes en este mundo les ha acaecido; que siendo sin mando de gobernacion, mostrándose sin los señoríos muy graciosos y agradables, despues que los cobraron, todo lo hallaron sus vasallos al revés. Esto que fuese por ser su bondad fingida, ó porque los grandes estados las semejantes mudanzas y dolencias consigo traian, no lo sabemos. Mas á tí, buen señor, que siempre te hallamos padre verdadero, escudo fuerte en nuestras defensas, amparador y socorredor de las viudas y huérfanos, sin que la edad de la juventud, ni despues la mas anciana, en tí mudanza hiciese; á tí, Señor, queremos, y á tí suplicamos con estas nuestras lágrimas, con esta obediencia de nuestras rodillas y manos, que no nos desampares, ni en tanto que á tí, Señor, la vida durare, no nos hagas conocer yugos nuevos, donde nuestras cervices, que con la mansedumbre de tus mandamientos nunca se sintieron, blandamente domadas han sido, agora degolladas y maltratadas no sean.»

Cuando el Rey oyó tan gran clamor y tantos llantos y tantas lágrimas, con palabras tan amorosas y piadosas, no pudo tanto resistir la fortaleza de su corazon, que á la humanidad la deuda que en tal auto debía no se la pagase. Y esto fué que así como dos fuentes comenzaron sus ojos á llorar, y sin su grado del lanzar

infinitas lágrimas, de manera que por una gran pieza no les pudo responder; pero su ánimo ya mas sosegado, díjoles: «Mis amigos verdaderos, ruégoo yo cuanto puedo, por aquel grande amor que siempre os tuve y terné, que con aquella leal obediencia que hasta aquí mis mandamientos cumplistes, con aquella se otorgue este, que postrimero será, en que tanto mi deseo y voluntad recibirán descanso. Y en esta duda que vos causa ó pone en algun temor, yo y la Reina, de quien esto me es otorgado, como en todas las cosas que de ella quisier siempre lo hizo, estaremos tan cerca de vos, que si algo la fianza que en este caballero, mi hijo, tengo, al contrario de mi pensamiento saliere, lo que yo no creo, pod émos soldar y remediar todo lo que se rompiere, no con fuerzas de señores, mas con mandado y ruego de padres verdaderos.»

Conociendo pues los altos hombres y los otros vasallos ser aquella la voluntad de su rey, creyendo no le poder della mudar, pues que ya en lugar tan público la habia divulgado, otorgaron todos, llorando con grandes sollozos, de tener por bien aquello que él hiciese. Y luego el Rey le otorgó de su silla real, tomó con su mano la corona de su cabeza, y púsola en la de Amadís, y quitándose el manto, le cubrió con él, y la Reina hizo á su hija lo mismo. Ellos quedaron con unos paños de lana negros: aquellos que todos los días de su vida no esperaban mudar, si no fuese con otros tales. Y haciéndoles sentar en las sillas, poniendo á Amadís el su ceptro real en la diestra mano, le dijo: «Rey de la Gran Bretaña, tomad estas preciadas joyas, y con ellas el cuidado de dar cuenta al mundo de vuestra honra y fama, y á Dios, que en esta silla vos ha puesto, de vuestra consciencia; porque, así como teniendo la justicia y verdad de vuestros vasallos, aquel amor que les debeis, guardándolos, honrándolos y amándolos, no como á siervos, mas como á vasallos y amigos, antes del poderoso Señor seréis con mucho galardón recebido; así, haciendo al contrario, la pena, la cruera serán en vos con mas rigor que en otro de los mas bajos ejecutadas.»

Amadís, rey nuevo, y la reina Oriana, hincadas las rodillas, besaron las manos al Rey y á la Reina. Y ellos con piadoso amor los abrazaron y besaron, dándoles su bendicion y haciéndoles sentar en sus reales sillas, rogando á todos que tomándolos por señores, les viniesen todos ellos á besar las manos, no queriendo que otro alguno fuese, sino solamente el bueno y preciado viejo don Grumedan, ayo de la Reina, se tornaron á palacio, y entrando por una de las salas dél, vinieron á él todas las dueñas y doncellas, llorando, á se echar á sus piés, queriéndoselos besar; mas ellos, con aquel amor y con aquella voluntad que siempre las habian tratado, las levantaron, llegándolas á sí, diciéndoles muchas palabras de consolacion; y que sus hijos, los reyes nuevos, con mas deseo y amor que ellos las tratarian y harian mercedes. Esto así hecho, saliendo ambos por la puerta que al campo salia, llevándose el Rey consigo á don Grumedan, que con muchas lágrimas le habian rogado que hasta el fin de sus días dél se sirviese, queriendo seguir la via que él tomaba, y á la Reina su mujer, á las tetas de la cual fué criada, habiéndoles otorgado compañía, cabalgaron en sus palafrenes, y fuéronse á

meter en aquel apacible y deleitoso castillo de Miraflores, donde hallaron dos capellanes ancianos, de misa, que debajo de unos hermosos árboles cerca de una fuente, donde muchas flores y rosas habia, les tenían puesta una mesa pequeña, cual bastaba á dos personas, y cabe ella otra con platos de tierra y vasos de vidrio, y alguna fruta de la huerta.

Cuando el Rey así se vió, hincó las rodillas en tierra y alzó las manos al cielo, diciendo: «¡Oh Señor de todo el mundo! Oh muy alto Dios! si era yo obligado á te servir en aquella grande alteza en que me pusiste, en aquella gran fama y honra que sobre muchos reyes y príncipes me diste, mucho mas lo soy agora, Señor, porque sacándome de aquel tan fondo piélago, de aquel tan peligroso lazo, me has puesto, si por mi culpa y mi maldad no lo pierdo, donde, dejando aquí tan gran señorío, que con tantas tribulaciones y peligros de mi ánimo y mi ánima sustentaba, agora sin ellos, solamente queriendo humillar la voluntad, esclarecer el entendimiento en tu servicio, puedo ganar otros muy mas preciados, que fin ni cabo no tienen.» Y levantándose, siendo bendita la mesa por los capellanes, ellos y don Grumedan y su mujer les dieron de comer, no con otra ceremonia mas que á dos religiosos, aquellos que del monesterio donde la honrada abadesa Adalasta estaba, les habia mandado guisar. Y así se los enviaba cada día; que el Rey no quiso que otra persona alguna allí entrase, sino aquellos que habemos dicho; y acabando de comer y de cenar, hincaban las rodillas en tierra, dando gracias á Dios, y rezaban y oían todas las horas en una hermosa capilla que allí habia, no entendiendo en otro sino en las devotas contemplaciones, en mirar el cielo y las estrellas, deseando que sus méritos fuesen tan dignos, que dignamente allí sus ánimas salvasen, olvidando todas las cosas pasadas, como si nunca tratado ni pasado las hubieran, quedando en aquella vida santa y devota, donde pluguiese al Señor muy poderoso, que en tal forma, con su gracia, todos los que en su santa ley son se retrajesen al tiempo que ya el mundo los va desechando y afrontando con pasiones, con dolencias y con otras mil cuitas y angustias que les vienen; no esperando que el fin de sus días las acabase. Pues que la fuerza de la juventud algo parece excusar sus yerros, siquiera que en la vejez algun conocimiento dellos hubiesen; que siendo verdadero, el verdadero Dios, por tarde que á él viniesen, con su santa misericordia y piedad les dará, no lo que sus pecados merecen, mas aquello que su santa pasion cada dia nos promete.

## CAPITULO LXV.

Cómo los principales del reino de Bretaña juraron á Amadís por su rey.

Pues los reyes nuevos, Amadís y Oriana, quedando en sus reales sillas asentados, llegaron todos los altos hombres y procuradores de aquellos reinos á les besar las manos, dándoles aquella obediencia y vasallaje que leales vasallos á sus reyes dar suelen, y allí les demandaron sus fueros y costumbres, y otras muchas mercedes; que por ellos muy graciosamente les fué todo, no solamente otorgado, mas aun guardado en tal manera, que no pasando mucho tiempo, aquel grande encen-

dimiento de amor, aquella leal obediencia que al rey Lisuarte y á la noble reina Brisena, su mujer, tuvieron, aquella, y mucho mayor, fué vuelta á ellos, viendo que su nobleza, su gran virtud, merecia otros mayores reinos y señoríos.

## CAPITULO LXVI.

De las mercedes que el rey Amadís hizo á los caballeros de quien el rey Lisuarte cargo tenia.

El Rey hizo allí mercedes al rey Arban de Norgales de una isla que con el reino de Norgales confinaba, porque él dijo que, como quiera que por suyo y á su servicio estuviere, no podia ya acabar consigo de andar mas tiempo en la corte; y el oficio de mayordomo mayor, que él tenia, diólo el Rey á su grande y leal amigo Angriote de Estravaus. Y la Reina dió un condado á la su doncella de Denamarca, y el Rey dió á Gandalin, su hermano de leche y su escudero, toda la tierra y castillos que fueron de Arcalaus el Encantador; y mandó á don Guilan, duque de Bristoya, que con gente los fuese luego á cercar; y dió á su amo Gandájes, en el señorío de Fresca, una parte de muy hermosa tierra; y así hizo mercedes á don Cendil de Ganota y á Brandoibas, y á otros caballeros criados del Rey. Pero el mayor dellos fué Giontes, sobrino del Rey, que dél le quedó encomendado, que le hizo duque de Cornualla; y hizo su camarero á Ardian, su enano, porque aquel trabajo que hasta allí tuvo en guardar sus paños de caballero andante, fuese satisfecho con la guarda de las reales vestiduras y ricas joyas; y así hiciera muchas mercedes á los caballeros que con él se hallaron en las grandes afrentas y batallas pasadas que ya oistes, sino porque ellos tomaron por mas gran honra y mejor partido de se ir á la montaña Defendida, donde Esplandian estaba, como lo hicieron y adelante vos será contado. Algunos podrian decir que, pues estos caballeros, siendo siempre en servicio del Rey y en todas sus afrentas y fortunas, que con mucha causa y razon antes que los reinos desamparase les debiera hacer aquellas mercedes, y no dejarlo en la voluntad y cortesía de otro. Por cierto, en alguna manera la tal razon, como justa, se debria tomar en cuenta; pero, como el Rey muy cuerdo fuese, consideró que, pues aquellos caballeros quedaban fuera de su servicio, y habian de ser en el de Amadís y su hija, que dejando á ellos la libertad para les hacer aquellas mercedes, el amor y voluntad que á él tenían, á ellos se podria volver, y con mejor voluntad serian dellos obedecidos; y así habia quedado que se hiciese entre él, Amadís y su hija, de manera que tan enteramente lo tuviera, y mucho mas tuvo por bien que sus hijos lo tuviesen.

## CAPITULO LXVII.

De cómo la reina Oriana parió, y de las fiestas que los del reino por ello hicieron.

A esta sazón parió la reina Oriana un hijo y una hija de un parto, y á la hija llamaban Brisena y al hijo Perion, con que todos los del reino hubieron mucho placer y hicieron grandes fiestas y alegrías, y trujeron al Rey y á la Reina muchas cosas en servicio.

## CAPITULO LXVIII.

Cómo el rey Amadis empleaba su tiempo en tener sus reinos en paz, y en enviar fustas y gente á su hijo Esplandian á la montaña Defendida.

Así como oído habeis, fueron retraidos en aquel castillo de Miraflores el rey Lisuarte y la reina doña Brisena, su mujer, quedando en sus reinos y grandes señoríos Amadis y Oriana, los unos en vida espiritual, y los otros en la temporal, holgando cada uno dellos segun el estilo de su vivir, descansando y reposando sus espíritus de aquellos grandes trabajos y peligros que por ellos en otros tiempos habian pasado. No curaba ya el rey Amadis de seguir mas sus aventuras, ni de que sus caballeros las siguesen, antes todo su cuidado empleaba en tener en paz y sosiego sus reinos y en hacer mercedes á los que se las merecian, y aparejar mucha gente y fustas para enviar á Esplandian, su hijo; habiendo sabido de un escudero de Norandel, que allí llegó, cómo se iban derechamente Esplandian y Norandel, y Gandalin y Lasindo á la montaña Defendida, y cómo habia Esplandian muerto los dos gigantes que en la cueva habitaban, que era en la falda de la alta Alemaña; y no supo decir mas, porque de allí se partió dellos. Mas porque ya las cosas del rey Amadis á este nuestro cuento no convienen, como pasadas y recontadas antes desto, desde agora se dejarán, por haceros saber aquellas de aquel que con mas esfuerzo y con mas fe, por otra mas diversa y católica via, las procuró, y pasó así á la honra deste mundo como á la salvacion de su ánima.

## CAPITULO LXIX.

En el cual Frandalo, certificando su gran lealtad en la santa ley en que está, amonesta á Esplandian y á Gastiles que para otras mayores afrentas y ganancias se aperceban.

Esplandian, como se vos ha contado, estaba en la montaña Defendida deteniendo á Gastiles, sobrino del emperador de Constantinopla, con toda la flota que allí trujo, por ruego del fuerte Frandalo; que con grande afición se lo pidió; con esperanza de que, así como en lo pasado tan leal le habia hallado, que así en lo por venir su propósito no se mudaria, creyendo que, como él de aquella tierra natural fuese, y tanto tiempo el ejercicio de las armas hubiese continuado, que antes por su buen consejo que por el de otro alguno alguna cosa muy señalada se podría ganar, en que el Señor mas poderoso servido fuese. Pues así fué, que en cabo de veinte dias que la lid que con el rey Armato pasó, siendo ya todos los caballeros bien sanos de sus heridas y en disposicion de se armar, Frandalo, sacando aparte á Esplandian y á Gastiles, en esta manera les habló: «Buen señor Gastiles, quién yo haya sido, y las maneras de mi vivir en los tiempos pasados, tú muy bien las sabes, y asimismo tambien lo que yo he hecho despues que por la misericordia del Redentor del mundo y por la merced de tu tio yo fui vuelto en esta santa ley, en que el encendimiento de mi corazon es en tanto grado para la seguir, que ningun momento ni hora puedo reposo haber, hasta ser venido el efecto que deseo; y mucho mas lo tengo, despues que con el maestro Elisabat he hablado en el hecho de mi ánima; el

cual, entre las otras santas palabras por él dichas, me dice que, así como el padre, puesto caso que muchos hijos en su casa tenga, y le venga algun otro que perdido hubiese, con poca esperanza de lo cobrar, muestra con aquel solo recibir mayor consolacion y deleite que con los otros todos, aunque dél sean amados; que así el Redentor nuestro hace cuando algun muy pecador es vuelto de lo malo á lo que él por obra y ejemplo nos dejó; porque parece que las penas y trabajos y cruda pasion y muerte que como hombre recibió en este mundo, gozan de aquel fruto sobre que tomar las quiso, que fué por salvar los pecadores. Y aunque muchos santos delante su divina Majestad sean, que cuando alguno de los que digo se le representa, recibe aquella grande alegría que como verdadero Dios recibir puede. Y porque como yo sea por todos, y mas por mi, tenido por uno de los que mayores males hayan hecho, soy determinado, poniendo el cuerpo á grandes peligros por le servir, de los quitar del ánima, porque goce de la gloria que fin no tiene. Así que, mis buenos señores, no dudando en mi lealtad, aparejadvos; que presto vos serán en parte donde por razon seréis ciertos que grandes y justas ganancias y provechos se nos seguirán.»

## CAPITULO LXX.

De la habla que cerca de Frandalo y Esplandian con Gastiles hubo.

Esto oído por Esplandian, volviéndose para Gastiles, le dijo: «Mi señor, ya veis lo que este noble caballero ha dicho, y tambien sabeis lo que ha hecho despues que con nosotros se juntó. Cierio creo yo que uno de los mas principales aparejos para que esta tierra de Turquía sea señoreada en el servicio de Dios y del Emperador, vuestro tio, es el consejo y voluntad suya, con el trabajo que con tanta afición tomar quiere; yo no puedo mas, sino con mis compañeros y persona seguirle, y llevar al cabo todo aquello que la fortuna nos querrá otorgar. Lo demás desto, á vos, mi buen señor, pertenece de responder.»

## CAPITULO LXXI.

Del consejo que Frandalo y Esplandian con Gastiles hubieron para dar combate á la villa de Alfarin, y cómo Gastiles por mar y ellos por tierra para ella se partieron.

Gastiles, que muy cuerdo era y muy buen caballero en todo, y que mucho á Esplandian amaba, y asimismo sabiendo la buena voluntad que el Emperador, su tio, le tenia, y cómo la tregua era rompida, bien consideró que todo lo que él de aquella flota dispusiese, como quiera que la fortuna lo guiase, seria recibido antes en servicio que en enojo, y respondió en esta manera: «Señor Esplandian, si es cierto que por servir á mi tio ó socorrer á vos mi ánimo grande deleite y descanso recibe, ¿cuánto mas lo debe ser en poner mi trabajo por aquel Señor á quien todos sujetos somos, especialmente viendo con la voluntad que Frandalo quiere poner en efecto aquello que hasta aquí tan extraño y tan aborrecido tenia? Y pues otra cosa no falta sino la ejecucion dello, no falte la diligencia; que yo seguiré vuestro parecer.—Pues que así es, dijo Fran-

dalo, dejadlo á mi cargo; que si por ventura lo que yo pienso se errare, manifiesto vos será ser mas por desventura que por culpa mia; y porque ya el tiempo nos convida, y tú, buen señor Gastiles, pásate luego á tu flota, y con toda la gente que en ella traes, comienza en anocheciendo á navegar la via de la villa de Alfarin; que tú bien sabes así el sitio suyo como su gran fortaleza; que de mi sobrino Belleriz, el cual estos dias pasados envié á la tentar, he sabido que está dentro en ella Heliaja, la infanta hija del rey Anfiou de Media, mujer del infante Alforaj, heredero del señorío de Persia, y supo cómo querian casar y pasar á Tesifante, la muy gran ciudad; y si con tiempo Dios nos deja llegar, ó la tomaremos en la villa, ó en el camino por donde fuere; y si este lugar se gana, como yo lo espero, gran parte de aquellas comarcas nos serán sujetas. Esplandian con todos los caballeros, y de mis compañías aquellos que caballos tienen, serán por mí guiados por tal parte, que al tiempo que tu flota de noche llegare al puerto, y comenzare el combate por la mar, nosotros asimismo lo haremos por la tierra. Y yo fio en aquel muy alto Señor que nos guiará, en cuyo servicio vamos, que así la villa como la Infanta será por nosotros ganada.»

Con este acuerdo que habeis oído, Gastiles, haciendo muestra que á Constantinopla se tornaba, despidiéndose de Esplandian y de todos sus compañeros, entrando en su gran flota, por la honda mar á navegar comenzó, sin que á persona que en ella estuviere el fin de su viaje le fuese manifiesto; sabiendo él la hora en que habia de llegar al puerto de la villa de Alfarin para comenzar el combate. Esplandian y el fuerte Frandalo, hablando con Norandel y con los otros sus compañeros, mostráronles lo que se les aparejaba para cumplir su deseo, que era hallarse en las cosas peligrosas de grandes afrentas, donde preñ y honra ganar pudiesen; y por ellos siendo otorgado con aquel esfuerzo de sus bravos corazones, aderezaron sus armas y caballos para la hora que el fuerte Frandalo los mandase caminar, con tan grande gozo y alegría de sus ánimos, como los buenos caballeros deben tener cuando van á las cosas á ellos anejas y convenientes, aunque muy peligrosas les parezcan; porque aquellas les han de mostrar el fin de la virtud que el alto oficio de la caballería demanda. Y como quiera que los otros mas bajos oficios por la perficion dellos sean loados, este lo debe ser mas, pues que mas que todos y sobre todos resplandece, así como claro sol sobre toda la otra claridad.

## CAPITULO LXXII.

Cómo Esplandian y Frandalo, con ciertos caballeros partidos de la montaña Defendida, llegando ya cerca de la villa de Alfarin, enviaron los caballeros con Belleriz por otra parte, y ellos se fueron por la fuente Aventurosa, donde hallaron la infanta Heliaja, y veinte caballeros que la guardaban, los cuales vencidos por fuerza de armas en el campo, Esplandian y Frandalo muy honradamente la Infanta consigo llevaron.

Pasado pues el dia, y venida la noche, despues de haber Esplandian encomendado á Libeo la montaña Defendida, y la guarda del rey turco y de los dos capitanes que presos estaban, armáronse todos, y cabal-

gando muy presto en sus buenos caballos, haciendo llevar alguna vianda que para cuatro dias les bastase, creyendo estar apartados de la flota de Gastiles, salieron de la montaña por el postigo pequeño que ya oistes, hasta ciento de caballo muy bien armados, y tomaron la via que Frandalo les amostró; y así juntos anduvieron la noche por tierra muy llana y hermosa, de grandes arboledas, sin ningun poblado hallar; que Frandalo, como la tierra sabia, desviábalos de los poblados porque no fuesen sentidos. Venida la mañana, estuvieron muy encubiertos en lo mas espeso de la floresta, donde caminaron ellos y sus caballos, y holgaron todo aquel dia; mas luego que la noche vino tornaron á caminar, llevando Frandalo la delantera, sin que ninguno, si él no, y Belleriz, su sobrino, supiese dónde iban. Pero siendo ya muy gran parte de la noche pasada, no estando muy lejos de la villa, Frandalo dijo á Esplandian: «Señor, váyanse estos caballeros á Belleriz, mi sobrino, que él los guiará y porná al alba del dia en una halda de la montaña, donde á ojo se parece la villa de Alfarin; y si Gastiles fuere ya en el puerto y comenzare el combate, luego por ellos será oído; y hagan aquello que mejor se les aparejare, y guíense todos por el consejo de Belleriz, que, segun de mí está avisado, así como yo sabrá hacer lo que conviene; y yo llevaros he por otro camino á la fuente Aventurosa, que es entre la villa y Tesifante, que por maravilla es tenido cuando en ella aventuras faltan; y desde la fuente tomaremos el camino hácia donde los nuestros caballeros estuvieren, y podrá ser que la fortuna nos porná en las manos aquella infanta Heliaja, de que ya os hablé.» Esplandian le dijo: «Mi verdadero amigo, todos somos en vuestra guarda y ordenanza, y hágase todo como á vos pareciere.»

Entonces se apartaron Belleriz con los caballeros, como su tio le mandó, y Esplandian y el fuerte Frandalo con sus escuderos y la doncella Carmela, que de Esplandian nunca se partia. Frandalo se metió al camino, y Esplandian en pos dél, y anduvieron hasta que el alba queria romper, que juntos con la fuente Aventurosa se hallaron; la cual estaba metida entre cuatro padrones de cobre dorados, que cada uno dellos tenia en sí letras muy hermosas, de las cuales, y de la causa por qué allí fueron puestos, se dirá en su tiempo; y así como allí llegaron, que aun el dia del todo no era venido, vieron en ella una claridad, que les mostró cómo encima de los padrones estaba trabado un paño de oro muy rico, y debajo dél una doncella que de una cama de seda se comenzaba á levantar y se vestia; á la cual guardaban veinte caballeros muy bien aparejados de armas y caballos, que ya cabalgaban, y tenian para la doncella aparejado un muy hermoso palafren, ricamente guarnecido. Cuando Frandalo así los vió, que delante iba, dijo á Esplandian: «Ea, Señor; que esta es la caza á que vos sois aficionado.» Entonces fuéronse contra los caballeros al mas ir de sus caballos, y como los acometieron de sobresalto, pusieronlos en grande alteracion; que algunos dellos, pensando que mucha gente fuese, derramaron por el campo, y otros quedaron juntos, de los cuales los dos dellos fueron luego muertos de los encuentros de las lanzas; mas conociendo que no eran mas de dos, tornáronse luego á juntar y dieron